

Percepciones y autopercepciones de ancianos en la comunidad de Santa Cruz de Andamarca

Angélica Nué

La ancianidad es un proceso natural y una experiencia de cambios y adaptaciones a la que se le ha prestado relativamente poca atención. Al hacerlo, podemos aprender mucho de las interacciones sociales y de nosotros mismos. Las relaciones intergeneracionales, entre otras, forman parte del proceso de construcción de una identidad grupal. Obviamente esta no es la única razón para prestarle atención, puesto que un acercamiento a este proceso nos puede permitir mejorar políticas sociales, de salud, sistema de pensiones, etc., y también suscitar un poco el interés por promover una ancianidad que se pueda vivir con dignidad. Y esto abarca no solo el plano de servicios, sino de valoración social en cuanto a su lugar y papel dentro de la sociedad más que como un simple *problema*.

Para acercarnos a este proceso/experiencia, la manera que parece más lógica y fácil es hacerlo a través de su *objetivación*, los ancianos. Al hablar sobre ancianidad es muy útil y práctico referirnos a los ancianos mismos, cómo son, qué hacen, cómo están, etc.

Para definir quiénes son ancianos, al parecer el criterio étéreo es el más común, aunque no por eso menos difícil. Se ha logrado cierto consenso médico al establecer la edad de 65 años como inicio de la ancianidad o vejez; a veces esta edad varía de acuerdo con los objetivos de diferentes proyectos e investigaciones (Bahr 1989). Aquí usamos este criterio, pero indagamos también lo que decía la gente.¹ Aunque la edad es importante, para definir a quien se

1 Este artículo se basa en un trabajo de campo realizado entre setiembre y noviembre de 1999 en Santa Cruz de Andamarca, pueblo ubicado a 3.522 metros sobre el nivel del mar,

considera anciano hay que tener en cuenta otros factores, como la mucha o poca capacidad de acción y producción, fuerza física y limitaciones, vulnerabilidad a enfermedades, carácter, etc.

En el texto vamos a analizar cómo se percibe la ancianidad en Santa Cruz de Andamarca. Con *percepciones* nos referimos a cómo ven quienes no son ancianos esta experiencia aún no vivida, y con *autopercepciones*, a cómo ven los ancianos la experiencia que están viviendo. Planteamos tres asociaciones:

- (1) Ancianos-actividad y productividad
- (2) Ancianos-enfermedad y muerte
- (2) Ancianos-sufrimiento

En cuanto a la asociación con actividad y productividad analizaremos:

- (1) ¿Qué cosas hace y no hace un anciano?: Cuáles son las actividades que los ancianos realizan y dejaron de realizar, cómo son, si son las mismas de antes o no, si son importantes y por qué.
- (2) ¿Qué cosas puede y no puede hacer un anciano?: Cómo las capacidades físicas limitan la actividad y marcan una diferencia con la adultez y juventud, mermando o no la capacidad de producción.
- (3) ¿Qué cosas debe y no debe hacer un anciano?: El *deber ser* expresado por los que no son ancianos (qué es lo que deberían hacer —actividad política, descansar, etc.—), y el *querer ser* expresado por los ancianos (qué quisieran hacer y seguir haciendo).

Muchas veces la actividad de un anciano no repercute en su alta valoración por parte de la sociedad, puesto que ya van formando una minoría dentro de ella, que además no es la más productiva porque no es, por ejemplo, capaz de trabajar sus tierras (tal vez sí los animales) en forma directa ni con la misma fuerza de los jóvenes.

a cuatro horas de la ciudad de Huaral, en el departamento de Lima. La comunicación con Huaral, Lima y Cerro de Pasco es constante gracias al transporte y al teléfono (no todos los pueblos del valle lo tienen). Las actividades principales son la ganadería (muchos afirman “la vaca es nuestra vida”), la agricultura y el comercio de productos agrícolas y ganaderos (queso y reses). Se puede percibir en el pueblo la influencia de la cultura urbana, más evidente en los jóvenes. Esto parece agudizar la brecha generacional. Se entrevistó ancianos, jóvenes y adultos jóvenes, para obtener un panorama general de las percepciones y autopercepciones de la ancianidad.

La valoración de la productividad está relacionada con la reciprocidad económica y social. En tanto el hombre se identifica y valora como un ser productivo, es importante que este reconocimiento se mantenga vigente para sentirnos parte integral del sistema social. El papel de trabajador es fundamental para la valoración (BENGSTON 1989). Si los ancianos no son reconocidos como personas productivas, entonces su valor disminuye.

Con la salida del mercado laboral se produce un cambio en el funcionamiento del fluido económico. Al ir saliendo, poco a poco o abruptamente, de la circulación económica, van acercándose a los márgenes de la sociedad, perdiendo su papel en ella. Esto repercute en el manejo de recursos y situaciones que puede controlar, y por lo tanto, en una muerte social que precede a la muerte física (HAZAM 1994).

Por otro lado, un estereotipo bastante común de los ancianos es que son conservadores, inflexibles, resistentes al cambio, poco creativos o que no pueden modernizarse y por lo tanto contribuir al progreso. Pero también hay otro estereotipo que los relaciona con cierta sabiduría y conocimiento basado en la experiencia, que les da la habilidad para manejar situaciones (Hazam 1994). Cada uno de los estereotipos sirven de razón para preferir o no autoridades ancianas. La actividad política es una de las actividades que los ancianos pueden desarrollar.

La importancia de la actividad se puede enfocar por el lado de su influencia directa en la salud, recordando el nexo natural entre salud y productividad (Bengston 1989). No solo se trata de la valoración social, sino del propio bienestar personal. El punto central es hacer algo. Con el paso de los años las limitaciones producidas por la pérdida de fuerza física se incrementan, y se debe controlar la cantidad de trabajo realizado. Cabe entonces preguntarse cuál es el nivel óptimo de actividad para los ancianos de diferentes edades (BAHR 1989).

En cuanto a la asociación con enfermedad y muerte, analizaremos:

- (1) Cómo es la salud de los ancianos: ¿Es buena, regular o mala?, ¿por qué? ¿Por qué es importante la buena salud?
- (2) Las enfermedades de los ancianos: Cómo se perciben las enfermedades y las limitaciones consecuentes. ¿Envejecer corresponde al proceso de una enfermedad? Percepción de la pérdida de capacidades físicas que forma parte del proceso natural del envejecimiento.
- (3) Lógica de la muerte de un anciano: Cercanía real o no a la muerte. ¿Es lógico hablar de una muerte próxima para los ancianos? Por qué puede ser más comprensible o menos dolorosa la muerte de un anciano.

no que la de un joven. La influencia de una buena vida, metas cumplidas y por cumplir, en una buena muerte.

A veces se identifica el proceso de envejecimiento con una enfermedad en sí misma. Por lo tanto, es indeseable. La pérdida de algunas capacidades físicas no es un mito sino una realidad (BAHR 1989), y esto puede ser interpretado como un proceso de enfermedad más que como un hecho natural que no significa necesariamente sufrir.

En este sentido, la relación es inmediata con la salud y enfermedad, porque son indicadores e influencias definitivas en una posible muerte. Cuanto más activos y saludables, obviamente esta parece más lejana. El temor puede no estar solo relacionado con morir como el simple acto de dejar de vivir, sino con *dejar de ser* muchas cosas, en muchos sentidos: útil, activo, productivo, necesario, fuerte, saludable, etc., incluyendo el ser parte de una sociedad que cada vez lo deja más de lado y lo *cotiza* menos.

Hablar sobre la muerte con los ancianos resultó más fácil de lo que parecía, porque es un tema presente en el discurso cotidiano. Después de haber vivido muchos años y sentir que se ha vivido lo suficiente, acumular muchas experiencias, haber perdido seres queridos y vivir su vida de modo particularmente interesante, puede resultar relativamente fácil hablar de la muerte, incluso la propia. Para entender esto es válido preguntarse ¿cómo entiende y afronta el anciano su propia cercanía a la muerte?, ¿qué variables determinan sus actitudes frente a ella? El hecho de expresarla y tener una actitud de indiferencia o serenidad no implica necesariamente que no exista miedo a ella, sino que maneja “una mayor conciencia de que ha de morir, lo tenga más asumido y con ello esté en mejores condiciones de abordar en sus relaciones interpersonales el tema con mayor frecuencia y naturalidad” (SALVAREZZA 1998).

La muerte de un anciano puede ser mejor sobrellevada porque ya gozó la vida, pero también porque se entiende que está apartado de la dinámica cotidiana del joven y adulto, su deterioro físico puede implicar la merma del deseo de su existencia y hace su pérdida menos trágica, tiene pocas responsabilidades sociales, o sus descendientes tienen posibilidades de sobrevivir. Pero también confirma la percepción de que la muerte es cosa de viejos (SALVAREZZA 1998).

La asociación con el sufrimiento solo la vamos a tocar brevemente. El tema atraviesa el análisis y es definitivamente un punto por demás rico e interesante. Analizaremos:

- (1) Razones para sufrir: Cuáles son las razones por las que se puede asociar el proceso de envejecimiento con sufrimiento de algún tipo, y por qué (realmente) los ancianos dicen sufrir.
- (2) Lectura del sufrimiento por parte de los ancianos: Si sufrir es parte del proceso, entonces hay que adaptarse, y puede resultar muy fácil (por lo menos en apariencia) asimilarlo, aunque es ciertas situaciones se expresa de un modo muy emotivo. Cuál es o cuáles son las respuestas al sufrimiento.

Quienes no son ancianos pueden ver razones claras para sufrir, pero la imagen que los ancianos presentan es más bien la de personas tranquilas. La razón de esto se basa no tanto en una contradicción real entre lo que se percibe y la realidad concreta de quienes la viven, sino que el sufrimiento es parte de envejecer. Como parte de esta experiencia-proceso, la cultura ofrece las herramientas para adaptarse a ella al abrir espacios de acción y no inhibir el desarrollo de actividades que permitan la sobrevivencia y bienestar.

A veces el sufrimiento puede esconderse en el silencio, o precisamente expresarse a través de él. La dimensión no verbal puede albergar un sufrimiento más profundo e íntimo. Cuando se vuelve una condición de la vida, un evento, más que un estado del ser, se asume que hay que vivirlo y responder a él. Así como la comunidad crea sus concepciones y prácticas del sufrimiento (cómo se sufre), también crea las respuestas y remedios únicos (MORRIS 1997).

Percepciones de ancianos²

¿Qué les toca hacer a los ancianos?, ¿qué se puede decir de su actividad? Los ancianos, como es fácil de comprobar, siguen en actividad, están haciendo algo. Se dedican principalmente a trabajos menos pesados y que demandan menos esfuerzo, como “llevar” las vacas. Para esta actividad no hace falta mucho más que caminar, guiando al ganado hacia el lugar o lugares donde deben pastar, que no deben ser de difícil acceso para evitar accidentes. Los no ancianos reconocen que para los ancianos “su costumbre es trabajar” y su ley es “trabajar hasta morir”:

2 Lo presentado aquí es información obtenida de entrevistas a personas entre 16 y 25 años (jóvenes), y entre 30 y 40 (adultos jóvenes), que son llamados aquí “no ancianos». Las frases entre comillas (“») son expresiones comunes, y las que están en espacio simple y con sangría son frases textuales de las entrevistas. El código entre paréntesis hace referencia al sexo (H: hombre, M: mujer) y la edad del informante.

Siguen trabajando en los quehaceres de diario: agricultura y ganadería. Lo siguen haciendo igual porque están acostumbrados a ese ambiente, aunque sea levantar una piedrita. pero están todo el día en su chacra. Si están en su casa se sienten aburridos. tienen que ir a la chacra. Si es mujer está teje y teje; si es varón tiene que ir a levantar una piedra. sacar hierba. No están descansando. es difícil. Siguen su actividad. (M. 30)

En Santa Cruz de Andamarca no hay una rígida división sexual del trabajo, puesto que hombres y mujeres pueden tener las mismas actividades sin merecer ninguna sanción social. Sin embargo, se puede establecer una diferenciación.

En el caso de los varones, llevan las vacas, y siguen yendo a la chacra, pero no hacen los trabajos más duros (terronear, barbechar) sino que levantan piedras poco pesadas, sacan hierbas, vigilan a los peones, o les llevan el almuerzo. En tanto los ancianos siguen trabajando, se les reconoce el esfuerzo, pero este trabajo no tiene el mismo valor que el de un joven, que puede hacer trabajos más pesados. Los ancianos trabajan, pero “a su fuerza”, “a su capacidad”, que obviamente no es la de un joven.

Hacen todo tipo de trabajo, a su criterio. pero ya no es como un joven que está trabajando parejo. (H,39)

¿Qué vale cuando trabajas, experiencia o fuerza? Experiencia no vale si no tienes fuerza. (H, 16)

Ya no pueden trabajar de los 70. Ya el cuerpo mismo no les dará, está avanzado, se siente pesado, pero qué será, yo también no puedo comprenderlo, ya no pueden ni andar. Ellos ya cualquier cosa están haciendo, cosas fáciles, trabajos pesados ya no... Ya no trabajan como nosotros. Ya no los obligan porque su salud misma ya no los acompaña. Tienes que trabajar según lo puedes. (H. 24)

En el caso de las mujeres, también llevan las vacas o almuerzo para los peones. Si la fuerza física no les ayuda para ir muy lejos, entonces solo se dedican a su casa. La presencia en la casa es mayor con la edad, y allí pueden cocinar (sobre todo) y tejer. Cuando la vista no las ayuda, estas actividades se hacen más difíciles. En todo caso, lo más importante es simplemente “hacer algo”, porque si no, suelen estar de mal humor.

Entonces, ¿se trata de una disminución de la productividad? Debido a que se mantienen trabajando, no se puede decir que no son productivos; pero en la medida en que ya no pueden atender bien sus propiedades y que ellos mismos no hacen el trabajo más fuerte sino que pagan peones para hacerlo, esta productividad va disminuyendo. Algunas personas mencionaron explícitamente que los ancianos no son productivos porque “no trabajan igual” y porque la dificultad para atender sus chacras incide en una menor producción. Además muchas veces (principalmente por enfermedad o por bajo ingreso en la agri-

cultura) deben vender sus vacas, o simplemente no las pueden atender bien porque los peones no se pueden vigilar todo el tiempo, y esto repercute otra vez en su baja productividad.

Los ancianos están en actividad y eso es importante para ellos. A pesar de que pueden hacer algunas cosas, hay otras, más valoradas socialmente en términos de productividad, que ya no hacen (trabajos duros). Pero esto no es todo. Ellos *deben* descansar:

A esa edad no deberían trabajar demasiado porque ellos arriesgan, por la misma situación geográfica. Pero no se puede con ellos. Deberían descansar, no dedicarse mucho al trabajo, pero es un poco difícil. (H, 40)

El hecho de que deben descansar se puede ver al menos bajo dos aspectos:

- (1) Beneficio: No deberían hacer trabajos pesados que insisten en hacer a pesar de que tienen limitaciones físicas. Nadie los obliga a trabajar, pero al mismo tiempo nadie les puede impedir que trabajen. El descanso que se propone es entendido como un beneficio para los ancianos mismos (bien físico y salud) y los demás (que no se preocuparían).
- (2) Peligro: El trabajo que hacen, aunque sea caminar, se vuelve peligroso para los ancianos, porque son más propensos a accidentes. No tendrían la fortaleza física ni la habilidad de un joven para evitarlos o sanar rápidamente.

Una actividad permitida para los ancianos es ejercer cargos políticos. Un poco más de la mitad de los entrevistados respondió que confiaría más en un anciano como autoridad porque ellos tienen más conocimiento basado en la experiencia y “saben” porque “han vivido”; mientras los jóvenes a veces son poco responsables o no se los respeta mucho. Un anciano, por el simple hecho de serlo, infundiría respeto.

Los que respondieron que confiarían más en un joven fueron sobre todo jóvenes, y algunos adultos. La razón es que puede aprender las leyes que se modernizan, tiene ideas nuevas, son dinámicos, y muchos han estudiado. En cambio, los ancianos “no se modernizan” y tienen ideas antiguas:

Ancianos ancianos, de 70 años para arriba, ya también su... ya la mente la tienen muy cansada, ya están de baja, o sea, sus pensamientos son muy antiguos. (H, 30)

Ahora pasemos al tema de la salud y las limitaciones. La salud de los ancianos es aparentemente buena, sobre todo porque muchas veces no se asume

una enfermedad como tal hasta que no impide la actividad. Si siguen haciendo algo, entonces tienen buena salud, aunque algunos respondieron que es regular o mala, porque perciben que son más vulnerables:

Enfermo, en caso de enfermedad, puede tener complicaciones. Lo están curando de una cosa y se enferma de otra, porque para ellos eso es así. (M, 33)

Se puede encontrar una relación entre ser anciano y estar enfermo, ¿pero se trata de una enfermedad o de características de la edad? En realidad, estas “enfermedades” muchas veces son las limitaciones físicas propias de la edad: falta de fuerza, debilidad ósea. En todo caso, ser anciano implica tener algún tipo de impedimento para desenvolverse igual que un joven.

Más o menos, no tan sanos también. Según la edad ya se sienten enfermos, ya se sienten achaque. Verdad, todo es achaque ya, comen alguna cosita, ya les cayó mal; se dan una caída, ya están mal, ya les duele; caminaron mucho, ya les duele el hueso ya. (M, 23)

Conservar la buena salud obviamente es importante. La diferencia entre un anciano enfermo y otro saludable es que el enfermo no puede hacer nada, está aburrido, se deprime y muchas veces quiere morir. Pero uno saludable puede hacer “de todo” y continuar con sus actividades normalmente. En la salud influyen las posibilidades de tratarse. Algunos dicen que los ancianos están bien en parte porque se atienden o chequean en Lima (el problema es cuando no tienen dinero o hijos que los vean).

La principal razón a la que se atribuye la buena salud de los ancianos es la comida. En el pasado ellos se han alimentado mejor, con “productos naturales” que preferían comer antes de venderlos. Han comido papa, habas, cuero de chanco, etc., en diferentes comidas (principalmente el “patache”). Ahora, en cambio, “ya no es igual” porque las nuevas generaciones comen fideos, arroz y otras cosas que no les permitirán vivir tantos años como los actuales ancianos:

No es el alimento como antes, era madera buena, siempre he escuchado así. Ahora como un palo que te doblas ya te caes, uno está gordo parece, pero el alimento no es como antes, todo químicamente, todo curado nada más. Antes era más sano todo. (M, 36)

Algunas personas dijeron que los actuales ancianos van a vivir más que los que se acercan a esta etapa del proceso vital. Así, la esperanza de vida se estaría reduciendo debido a la alimentación.

¿Quiénes y por qué mueren? La muerte se representa en general como algo aleatorio, y esto se puede comprobar (entre septiembre y noviembre de

1999 murieron un joven, un bebe y un anciano). Cualquiera puede morir porque “para la muerte no hay edad” y puede sorprender igual a un niño, joven, adulto o anciano. Es interesante que al mencionar la muerte de un niño, joven o adulto, aparezca relacionada más con el azar (accidente o enfermedad repentina), mientras la de un anciano lo está con una enfermedad generalmente penosa o la misma edad.

La muerte de un anciano resulta lógica y menos injusta porque él “ya gozó la vida”, ya vivió, ya trabajó, tiene la vida hecha. Pero los otros todavía tienen “una vida por delante”, un futuro que realizar. Por eso produce más pena la muerte de una persona joven que la de un anciano, y el pueblo se lamenta más. Con un anciano hay “más conformidad” porque muchas veces su muerte significa el descanso de diversos sufrimientos:

Cuando muere un joven de quince, dieciocho años, se siente más porque en ese joven puede haber esperanza en el trabajo y hacer cosas por delante. Pero cuando muere un anciano, gracias a Dios porque ya sufre. (H, 39)

Que descansa, antes que un bebe, porque el anciano está cansado, viciado, aburrido de la vida. Un bebido viene con inquietud de vivir, de poder mirar qué ocurre en el mundo. Parece que es favorable que un anciano se vaya a descansar antes que un bebe. (M, 37)

Las razones explícitas del sufrimiento de un anciano son variadas, pero se centran en las limitaciones y situaciones de incertidumbre o soledad. Puede ser también una enfermedad, el abandono de los hijos (a veces) o la depresión porque está solo, la duda de lo que sucederá con sus propiedades o sus hijos, no poder ser independiente ni valerse por sí mismo, volverse casi “como un bebe” o “una criatura”, etc.

Entonces, ¿quién es anciano?, ¿cómo se percibe y desea la experiencia aún no vivida? Hay una asociación clara entre ancianos y actividad que, sin embargo, no repercute en una gran valoración de ellos. La percepción sobre quiénes son los ancianos implica que una persona que se mantiene trabajando difícilmente puede ser calificada como anciana, mientras quienes ya dejan de hacer algunas cosas sí pueden ser calificados así. La edad promedio que los no ancianos mencionan como inicio de la ancianidad es de 60 años. Pero sobre todo se mencionan características físicas (pérdida de fuerza, vigor, capacidad para el trabajo), dificultad para atenderse así mismo, carácter, etc. En resumen, si una persona de 60 años sigue trabajando y es fuerte, todavía no es un anciano propiamente dicho. En este sentido, es interesante que varios adultos jóvenes hayan dicho que en Santa Cruz “no hay ancianos”, porque la mayoría de las personas mayores de 60 están haciendo algo.

Muchos (sobre todo jóvenes) no desean llegar a viejos “para no sufrir”, para “no dar pena”, para “no preocupar” o porque la muerte se hace inminente:

Me gustaría estar sentado con mi mantita. De 40 años nomás, ni a los 50, porque hay viejos que sufren porque sus hijos se van a Lima, ¿y acá quién los mantiene? A su esfuerzo nomás. Abandonan. (H, 19)

Esto puede evidenciar una real asociación entre ancianos y la cercanía a la muerte, pero sobre todo entre ancianos y el sufrimiento de algún tipo. La experiencia se percibe agradable si se puede mantener la actividad y cercanía de los seres queridos (sobre todo hijos, nietos) que muestren interés por ellos, para no estar solos.

Autopercepciones de ancianos³

En primer lugar, cada experiencia es diferente y muy rica. La situación es heterogénea, pero lejos de dificultar el trabajo, lo enriquece dando diferentes rutas de acceso y comprensión a la situación, pues hay varias cosas que influyen para las diferentes percepciones de la propia experiencia, es decir, de la auto-percepción de esta persona como anciana. Es entonces útil presentar un breve resumen de las características de las personas entrevistadas.

- (1) Una pareja de esposos (ella de 74 años y él de 79). Él vigila el trabajo de los peones (se moviliza generalmente a caballo) y ella se encarga de la casa. Tienen una buena posición económica reconocida por la gente. Él ha ejercido casi todos los cargos como autoridad en el pueblo, incluyendo el de alcalde en dos ocasiones y el de presidente de la comunidad campesina (que tiene bastante poder en el pueblo). Sus tres hijos son profesionales y viven en Huaral y Lima. Tienen más de 50 años de casados. Viven con un ahijado que los ayuda con las vacas.
- (2) Una pareja de esposos (ella de 64 años y él de 65). Llevan 35 años casados y no tienen hijos. Su casa consta de un gran patio con dos divisiones (a manera de dos casas). En una viven ellos solos, y en la otra vive una familia que consideran como propia (los llaman sobrinos y los niños son casi como nietos). Él sufre de la columna y ella de artritis, y

3 En esta parte se presenta la información obtenida de entrevistas a ancianos, personas de 65 años o más. Las frases entre comillas son frases comunes, y en *cursiva*, frases textuales de alguna entrevista. El código representa el sexo (H, M), y edad.

- siguen tratamientos en Lima cada cierto tiempo, pero se resisten a quedarse a vivir en la ciudad con sus hermanos. Contratan peones.
- (3) Una señora de unos 93 años, viuda desde hace dos años y medio. Su casa está dividida en varios espacios para sus siete hijos, pero de ellos solo una vive allí, con su esposo e hijo, pues los demás están en Lima y Huaral. Ella duerme sola y es independiente. Es reconocida por la población como la mujer más anciana de Santa Cruz, y es fácil comprobar que es muy activa. Va a sus chacras cercanas a controlar a los peones, y en general camina mucho. La vista le está fallando y por eso no recorre distancias grandes.
- (4) Un señor de 79 años, que vive con su hijo, mientras su esposa lo hace con otros dos hijos en Lima. Uno está en Washington. Ella sufre de osteoporosis y tiene que usar una silla de ruedas. Él trabaja controlando a los peones y haciendo pequeñas tareas con animales (castrar, vacunar), que realiza cada vez menos debido a la baja demanda.
- (5) Un señor de 64 años, evangelista (líder en Santa Cruz). Es inválido de nacimiento, pero esto nunca le ha impedido trabajar. Arregla zapatos y teje chompas y guantes para vender. Vive solo, es viudo y sus cuatro hijos se han establecido en Lima. Suele recibir muchas visitas porque trabaja sentado afuera de su casa, y su carácter alegre y jovial es reconocido por la población.
- (6) Una señora de 70 años, que ejerce todavía como partera oficial del pueblo, con capacitación en Lima (aunque es difícil precisar la demanda que atiende). Sus hijos están en Lima y cría, junto con su esposo, a una nieta de diez años. Tiene a su cargo el almacén del comedor popular y es una de las fundadoras del club de madres.
- (7) Un señor de 77 años, reconocido como uno de los más ancianos de Santa Cruz, vive con uno de sus hijos, y los otros dos (profesionales) están en Argentina. Su esposa ha viajado a este país más de una vez, mientras él no se decide a hacerlo. Perdió la visión del ojo izquierdo en un accidente hace algunos años. Camina mucho, porque considera que es bueno para que su cuerpo se mantenga caliente y saludable.
- (8) Una señora de Pirca (a unas dos horas a pie del pueblo), residente hace más de 20 años en Santa Cruz, de 68 años. Su esposo la abandonó cuando sus dos hijas eran pequeñas. Nunca tuvo propiedades en Santa Cruz y siempre hizo trabajos de peón. Aun ahora, su casa es alquilada. Vive sola.

Los ancianos perciben la ancianidad desde el mismo proceso-experiencia que ya están viviendo. Hay coincidencias con lo que perciben los no ancianos, pero la lectura que se hace de la situación puede ser un tanto distinta, precisamente porque ellos son los que necesitan adaptarse a los cambios físicos, sociales, emocionales, etc. que están atravesando.

Para los ancianos es muy importante seguir trabajando. Todos coinciden en que lo continúan haciendo, pero hay tareas que ya no pueden realizar porque "la fuerza no acompaña" o "no es igual". Reconocen que tienen algunas limitaciones físicas por la edad:

Habilidad no hay, fuerza, acción no hay, ojo no ve. (M, 93)

La edad no permite trabajar, los esfuerzos, cansan, ya no exige nada. Yo he trabajado.... trabajo hasta ahora, aunque no mucho. (H, 77)

En los ancianos menores (64, 65) la fuerza todavía no ha disminuido del todo; pero el problema es cuando hay una enfermedad, como artritis:

Así ya un poco me ayuda pues, ya, menos me duele. El día que no tomo, para el otro día ya no puedo levantar, estoy en mi cama. (M, 64)

La mayoría reconoce que la fuerza disminuye a partir de los 60 años más o menos, y se agudiza con el tiempo, pero no es impedimento para realizar actividades y sentir (y saber) que, efectivamente, siguen trabajando, aunque les gustaría hacer las cosas que antes.

Los trabajos que se siguen realizando no requieren demasiado esfuerzo (llevar las vacas a pastar, traer un poco de leña). Los varones van a la chacra a vigilar a los peones o a levantar piedritas y hierba, o a llevar el almuerzo (que también hacen las mujeres). Las mujeres tejen, cocinan y algunas lavan la ropa, aunque no en gran cantidad. Esto último es censurado por los hijos y otras personas, quienes insisten en que no deben lavar por el frío y por la dificultad de inclinarse para lavar.

Casi todos coincidieron en que los hijos ya no quieren que ellos trabajen, pero que ellos no lo van a dejar de hacer. Reconocen su preocupación y a veces dejan de hacer algunas cosas, pero en general no limitan su actividad demasiado porque si lo hacen se sienten intranquilos:

Preferible ya me he dedicado a mi trabajo, mi casa, tranquilo. Entonces ya a mis hijos les quito de mucha preocupación porque ya no. De repente el animal puede tumbarme, no podemos decir que no. (H, 65)

Toda la vida han trabajado mucho, y es difícil dejar de hacerlo. No solo porque sienten que pueden y deben trabajar, sino porque no quieren estar sin

hacer nada. Por eso tienen que buscar actividades que los distraigan y los mantengan activos. Es la principal razón para no ir a Lima, donde tienen limitaciones, no hay mucho que puedan hacer y ni siquiera es fácil caminar. Algunos coincidieron en que esta actividad es importante para calentarse y que el cuerpo se mantenga activo:

Lo que duele disimula cuando calienta el cuerpo. Es bueno caminar. (M, 93)

El percibirse como personas que han trabajado mucho implica que han producido cosas importantes, tanto en el plano familiar como el de propiedades. Han “producido” hijos profesionales o con educación básica por lo menos, casas en Santa Cruz, Huaral, Lima, chacras para los hijos, y vacas. Todo se dirige al bienestar de los hijos, pues una vez que ya han producido para ellos y repartido las propiedades, pueden dedicarse a su propia atención y cuidado de las propiedades hasta que sus hijos las administren:

Ya todo está destinado, pero tenemos que hacer el papel todavía. A veces ahora hay lío, se quieren quitar. Nosotros no hemos codiciado. Su papá de mi esposo hizo sus apuntes, murió joven y dejó esta casa. A mí me dieron un terreno para levantar, cerca del coso. Ahí levanté primerito, de dos pisos, de adobe. De ahí hicimos esto con cemento, porque ya uno muere y los hijos no van a reparar, el yeso se acaba. (M, 74)

Algunos tienen propiedades más grandes que otros, pero las excepciones se producen cuando no hay propiedades o no hay hijos. En el caso de ausencia de propiedades, lo más importante ha sido por lo menos darles a sus hijos una educación básica que los ayude a defenderse en la vida. A pesar de que las propiedades ya están repartidas, no es seguro que los hijos las vayan a mantener, porque pueden hacer “lo que quieran”, lo cual implica que las pueden vender. En este caso se percibe que lo que están haciendo con tanto esfuerzo al final va a quedar en manos de alguien que no lo valorará ni conocerá todo el trabajo que hay detrás.

En los casos en que no hay hijos, las propiedades quedan para los sobrinos u otros parientes cercanos; pero la motivación no es otra que velar por ellos mismos. En este caso, no se trabaja pensando en que se está cuidando algo para los hijos, sino con la angustia de “para quién será, qué pasará”. El hecho de no tener hijos no solo tiene que ver con las propiedades, sino con el mismo futuro, porque no tienen la certeza de quiénes los van a cuidar cuando sean más viejos y no puedan valerse por sí solos. Tener sobrinos o hermanos muy dedicados no llena el vacío:

Cuando no hay estamos los dos nomás. Yo digo, ¿más tarde la vida cómo será? De repente nos vamos a agravar más y quién nos va a dar su casa, no va a haber los centavos para poder pagar a uno quien te atiende. (H, 65)

Con respecto al tema de la salud, hay cierta ambigüedad relacionada al reconocimiento de las limitaciones y la valoración de una buena salud. La principal asociación que surge al hablar sobre salud, es la fuerza. Algunos afirman que nunca han estado enfermos y que sus limitaciones físicas son productos de accidentes (ceguera parcial, invalidez, etc.). Pero ahora todos afirman que las fuerzas ya no acompañan, y eso se identifica o se asocia con una salud regular. O sea que la disminución de las capacidades físicas (lo cual es normal) se identifica como una enfermedad en sí. Pero aparte de eso, dicen tener buena salud porque no se enferman (de una “enfermedad real”) casi nunca.

Una enfermedad es “real” cuando impide desarrollar las actividades de manera normal, o los empuja a permanecer en cama, lo que limita toda actividad. Mientras tanto, no merece mucho la atención:

A veces voy por la esquina que está mi vaca. El sábado yo fui llevando, y unas personas: “Tía, ¿para qué andas? No te vayas a caer y resulta otra vez tu pie, usa tu palito”. “No, qué palito, el cuerpo que se acostumbre solo a sostenerse y caminar”. “Ay mi tía con su valentía, viene a Lima, va, vuelve, ¿qué se hace?”. (M, 74)

La razón de su buena salud reside en la alimentación que han tenido de jóvenes, porque ahora solo hay comida que no alimenta bien, como arroz, fideos o dulces. Al mismo tiempo la menor fuerza, que es casi una enfermedad, se atribuye al hecho de haber trabajado mucho durante toda la vida. Entre las comidas mencionan sobre todo el patache, entre otras:

¿Por qué soy sano? Se debe a los alimentos, pues. Acá el alimento sano, pues, por ejemplo el patache, el mondonguito. Ese comíamos nosotros acá. Patache de habas, trigo, su cuero de chanco. Trigo pelado, habas, hueso de vaca gorda, ¡anda a ver ese patache! Ahora todo lo ven plata, ahora dónde ves que matan chanco, apenas para vender a Cerro. (H, 77)

Todos aceptan que hay limitaciones que vienen con la edad. La consecuencia es que no pueden trabajar como ellos desean. Por eso, ante la pregunta de qué harían con una mejor salud, la respuesta es que podrían trabajar más. Por el contrario, si enfermara, la mayoría dice que se dispondría a morir. Esto parece ser más por el hecho de no poder hacer nada que por una asociación directa entre enfermedad y muerte. Es decir, “dejar de ser” activo.

Entonces, ¿se puede asociar la enfermedad con la muerte, o el “no hacer nada” con la muerte? Hay algunas razones más comunes para el deseo de morir, y este deseo está presente en los ancianos de diferentes maneras, no tanto a veces por desear la muerte, sino porque no sería malo morir o significaría descansar. Algunos sí la desean explícitamente.

Quisiera morir ya. Claro, ya vieja ya no hay acción para nada. “Ya debo morirme”, digo [...]. Ya vieja es feo, cansa [...] porque ya estamos viejos, no hay agilidad, para qué va a vivir si no se puede comer ni caminar. Penas comer, pasa la hora, así ya no vale estar. Siquiera la muerte nos lleva. (M, 68)

Diversos factores influyen en desear o aceptar la muerte si esta sorprende: metas cumplidas, la sensación de que la vida es muy larga y aburre, los planes poco concretos para el futuro porque no se sabe si se cumplirán, limitaciones de la actividad, etc.

Muchas veces, cuando los ancianos están enfermos, la mayor consecuencia de la enfermedad es el aburrimiento y el sufrimiento que producen tanto los dolores como el hecho de no poder realizar sus actividades normalmente:

Estoy enferma desde el 17 [...] Para la fiesta ya estaba mal. A mí me da cólera que me está pataleando, yo voy para acá, para allá. Ya hubiera ido a mi leña, aburrída estoy acá. (M, 68)

Una vez que la enfermedad ya está pasando, el ánimo regresa con la salud, así como la motivación para regresar a sus quehaceres. En estos momentos en “enfermedades reales” es evidente la importancia de mantenerse en actividad. La consecuencia lógica de la enfermedad es el impedimento de la actividad, y entonces, de la fuente de la distracción y un poco incluso la razón de seguir viviendo. Seguir en actividad influye directamente en el bienestar, y es por eso que es más fácil desear la muerte si no se puede hacer nada.

Además de esto, las grandes razones para desear morir se pueden agrupar así:

- (1) Una enfermedad que produce dolor y que exige un tratamiento continuo, como la artritis. Sin pastillas o inyecciones no podrían hacer su vida normal, por lo que existen limitaciones reales para el trabajo. A veces la necesidad de descansar viene con un tiempo libre que es empleado en pensar y, por lo tanto, sentir nostalgia y depresión. Es más difícil distraerse.
- (2) La soledad producida por la pérdida de la pareja: “La vida solo es muy triste”. A pesar de mantener la mente ocupada, es imposible no pensar en la pareja, y a veces esto también deriva en una depresión que conlleva el deseo de morir. Pero una razón más es que la muerte abriría la posibilidad de encontrarse con la persona perdida. La muerte de un ser querido, que en algunos casos son los hijos o hermanos, acerca a la muerte y produce una muerte parcial en la misma persona.
- (3) El sufrimiento que producen los mismos cambios que vienen con la edad. Esto se expresa como un aburrimiento de la vida, pues esta, sin

poder hacer todo lo que se quisiera, no vale lo mismo y “aburre”. Morir significaría un alivio de las penas, un descanso.

En el deseo o aceptación de la muerte también podemos mencionar la influencia de metas logradas y las vivencias: haber vivido bien. Muchas veces el deseo de morir se expresa solo como algo fugaz, una respuesta rápida al alivio de los diversos sufrimientos, pero después puede ser superado al reconocer que todavía quedan cosas por hacer. Se puede asumir la muerte como algo aceptable si se han logrado las metas propuestas en la vida, y queda muy poco o nada por hacer. Haber vivido bien implica haber formado una familia, haber tenido un buen matrimonio, haber multiplicado las chacras y los animales y haber podido construir casas. Por lo menos, se ha logrado que los hijos tengan educación. En este caso, la muerte no va a truncar ningún plan, ni va a impedir a la descendencia desenvolverse exitosamente sin su presencia.

Me gustaría descansar, que el Señor me recoja, le pido al Señor. No quisiera para dejar a la señora esposa que tanto me ha acompañado. Nunca hemos rozado, nos hemos entendido, nunca he sido osado [...]. Eso pido al Señor, un poquito ya uno se siente agotado de salud, que me perdone todo en este mundo terrenal, mis faltas [...]. (H, 79)

La muerte se piensa como algo posible sobre todo para las personas de edad más avanzada, quienes perciben que ya han vivido lo suficiente y que ya han cumplido sus metas, por lo que solo les queda velar por sí mismas y “esperar la voluntad de Dios”:

No, pero yo le digo a mi señora: “Ya, nos tiramos un par de dosis, qué hacemos”. Ella está sentada pero no tiene fuerza para echar paso. El doctor dice que es osteoporosis [...]. Sufre, la pobre. Yo le digo: “Vas a morir, no creas que no, no temas a la muerte, yo igual” [...]. (H, 84)

Morir, porque uno solita sufre de tantos quehaceres. Uno descansa allá. Ya tengo nicho y cajón [...]. Yo ya quiero morir porque ya no, la vida ya no es igual, uno se cansa, se cae, ya no conoce a las personas. Ya yo misma desconozco mi animal, si cuento no es, y de vuelta vuelvo. (M, 93)

Algunos, ante la pregunta de qué planes tenían para el futuro, respondieron que no tenían planes concretos o que solo se podía esperar la muerte. Para los más jóvenes, se presenta más la idea de que todavía hay cosas por hacer y que todavía no han vivido lo suficiente, por lo que morir no sería malo, pero cortarían los planes futuros. Además, la muerte se acepta como un hecho natural que no debe dar miedo, aunque es inevitable que los seres queridos sufran por la pérdida de alguien.

Entonces, si se han alcanzado metas de vida, se ha vivido ya suficiente tiempo, y se siente que se han producido cosas importantes, la cercanía a la muerte resulta aceptable. Pero puede volverse también deseable si se enfrentan sufrimientos que verían su alivio en “dejar de” vivir.

Entonces, ¿qué significa ser anciano?, ¿cómo se percibe y desea la experiencia vivida? La experiencia de la ancianidad implica un proceso de cambios que exigen adaptaciones, y muchas veces este esfuerzo conlleva cierto sufrimiento producto de las limitaciones físicas y sus consecuencias, que son el poco o ningún trabajo. Pero difícilmente los ancianos van a dejar de trabajar con resignación, buscan algo para hacer. Una de las cosas primordiales entre los ancianos es poderse mantener activos. En tanto pueden realizar trabajos (de diversa índole) y se sienten útiles e independientes, la experiencia de la ancianidad se percibe de modo muy natural, se puede vivir bien. Pero en tanto las fuerzas no son las mismas, y se “deja de ser” todo lo activo que se desea, “se sufre”. También hay otras razones para sufrir, como el abandono de los hijos o la baja economía. Entonces también el sufrimiento necesita una adaptación.

Los no ancianos perciben que la ancianidad es una experiencia de sufrimiento. Pueden trabajar, pero con limitaciones; son saludables pero vulnerables, han vivido mucho y se aburren. Pero los ancianos tienen una lectura del sufrimiento que les permite enfrentarlo, sobrellevarlo e incluso superarlo. La respuesta es una adaptación a la situación, simplemente la actividad que distrae y mantiene la atención en lo que se hace y no en el dolor, la pena o las limitaciones:

Parece mentira, parece, me distrae un poco. Y cuando estoy así parece peor me duele, en cambio cuando estoy trabajando no pues. (M, 64)

Principales causas a las que se atribuye el sufrimiento		
ACTIVIDAD		
• Siguen trabajando	⇒	no sufrimiento
	PERO	
• No como antes (poco valor)	⇒	“sufrimiento”
SALUD Y MUERTE		
• Tienen “buena” salud	⇒ pueden trabajar	⇒ no sufrimiento
	PERO	
• Son vulnerables	⇒ necesitan cuidado	⇒ “sufrimiento”

REFLEXIONES FINALES

(1) *La importancia de la actividad, a pesar de su poca valoración.*

Los jóvenes de Santa Cruz perciben que los ancianos ya no son productivos y por lo tanto no son valorados de la misma manera que un joven o adulto joven. Se va dejando los trabajos rudos y esforzados por otros más simples que no requieren mayor fuerza. En este sentido, los ancianos dejan de contribuir al progreso de la sociedad y desarrollo del pueblo porque ellos ya han cumplido sus labores, ya hicieron, ya vivieron, ya experimentaron. Es lógico que cedan el paso a los más jóvenes, quienes todavía están aprendiendo y trabajan “como debe ser” (mucho, con mucha fuerza).

Se produce entonces un enfrentamiento entre la fuerza y la experiencia, en el que la primera es socialmente más valorada porque influye directamente en la capacidad de trabajo y producción. La experiencia, en tanto fuente de conocimientos y habilidades para manejar situaciones, permite a los ancianos el ejercicio de la actividad política. Pero también esta les es vedada cuando se los asocia con la dificultad de modernizarse y la resistencia al cambio.

El proceso de envejecimiento implica entonces un problema social que tiene que ver con la interrupción del funcionamiento del fluido económico y de la salida del mercado laboral. Lo que hacen los ancianos no tiene un alto valor social, y dejan de tener control sobre recursos y situaciones. “Dejan de ser” productivos, “dejan de ser” activos, y por lo tanto “dejan de ser” parte integral del sistema social, acercándose a sus márgenes. Podemos hablar entonces de una muerte social que precede a la física. A veces esta *muerte social* es considerada ventajosa en el sentido de que deben “descansar” (de algún modo, “morir”) para su propio bien (no hacen esfuerzos exagerados, no corren peligro de enfermarse) y el de los demás (dando oportunidad a otros).

El ser poco o nada productivos puede resultar un mito, sobre todo cuando se comprueba que sí hacen algo, que sí trabajan, que mantienen y hacen funcionar sus propiedades (no sin dificultades). La actividad es sumamente importante para los ancianos y está directamente vinculada a la salud. No solo trabajan porque están sanos, sino para estarlo. La ausencia de tiempo libre y la actividad por sí misma influyen en el nivel de bienestar personal. Si los ancianos quieren hacer algo, los no ancianos no se lo pueden impedir, porque la falta de actividad trae consecuencias negativas. Pero las limitaciones físicas y la falta de fuerza según la edad, debe entonces medir y controlar la cantidad de actividad.

(2) *Línea fronteriza entre la vida y la muerte. La ambigüedad, la liminalidad y la transición del miedo a una experiencia desconocida y a "dejar de ser" jóvenes y productivos.*

La muerte generalmente se percibe como un hecho aleatorio; pero la de un anciano resulta más lógica que la de un joven porque se entiende que ya ha vivido y ha gozado la vida y por lo tanto puede (y merece) descansar, sobre todo cuando está atravesando por un proceso de sufrimiento. Su pérdida no es tan trágica porque no tiene un gran compromiso con el progreso del pueblo, porque sus hijos están preparados para sobrevivir, o porque simplemente ya es viejo. Esto implica que los ancianos están más cerca a la muerte.

Al "dejar de ser" muchas cosas, representan de alguna manera la muerte estando vivos, más aun porque están atravesando por una muerte social. Podemos hablar entonces de una ubicación liminal entre la vida y la muerte que se percibe como algo peligroso e indeseable, y muchas veces implica actitudes de rechazo o evitación.

El mismo temor de los jóvenes a envejecer se puede asociar con el temor a lo desconocido. En este caso, hay un manejo de características y estereotipos que asocian la vejez con sufrimiento, abandono y dependencia. Estas tres características están en contradicción con situaciones altamente valoradas: gozo, compañía, independencia; por lo tanto, la vejez se rechaza como algo poco deseable. A pesar de reconocer que los ancianos siguen activos, esto no es suficiente para afrontar un proceso inevitable (envejecer), sino que pesa más el hecho de perder la fuerza y capacidades físicas o de estar enfermo. Incluso se percibe la ancianidad casi como una enfermedad en sí misma. Es una experiencia desconocida y que se ve como poco grata. Para las personas que aceptan el hecho de este proceso, la vejez se desea llena de tranquilidad, compañía e independencia. Mientras puedan atenderse sin ayuda, pueden ser viejos; pero cuando dejen de hacerlo, sería preferible morir. Si los ancianos ya no pueden valerse por sí mismos, están más cerca a la muerte. A veces, se teme envejecer porque se teme morir.

Mientras no se experimenta, las categorías para entender el proceso son clasificadas en el orden de lo indeseable; pero al experimentarlo, debe ser necesaria una reclasificación y reinterpretación. El paso a la ancianidad exige desarrollar estrategias de adaptación (mecanismos conceptuales y acciones concretas). En este sentido cobra mayor importancia la actividad, pues la ancianidad se vive mejor mientras se sigue activo. La propia cercanía a la muerte se asume con mayor facilidad porque se tiene conciencia de la probabilidad de este hecho y se entiende como parte normal del ciclo de la vida. Si

esta vida ha sido larga y productiva, es más natural hablar de morir en las conversaciones cotidianas como un tema casual. Después de todo, y aunque no se exprese en el discurso, la transición de la vida a la muerte ya ha comenzado con la muerte social.

(3) *Vivencia del sufrimiento. Su lectura como parte normal de la vida.*

El sufrimiento se percibe como algo casi intrínseco a la ancianidad, pero los ancianos hacen una lectura de este como algo más natural que forma parte de la experiencia cotidiana. Aunque parecen tener muchos motivos para sufrir, la primera impresión que transmiten es la de una vida tranquila, sin más preocupación que la de trabajar (en todo tipo de actividades que los hagan sentirse útiles e independientes).

Pero detrás de muchas expresiones se puede percibir la dimensión no verbal que esconde el sufrimiento vivido en un nivel más íntimo y silencioso. Las limitaciones físicas de la disminución de la fuerza conllevan la disminución de la actividad, y se inicia un círculo vicioso (disminución de fuerza/disminución de actividad/disminución de motivación para seguir viviendo/depresión/enfermedad/actividad limitada/deseo de morir) que, si no es fácil de sobrellevar, obliga a reclasificar, reformular y reinterpretar.

En este sentido, el sufrimiento se vuelve más una condición de la vida que un estado del ser, y se tiene que asumir y sobrellevar como cualquier otro problema. Se sufre, sí, pero también es posible encontrar alternativas a este sufrimiento. Casi siempre esto se interpreta como “distracciones”, que finalmente no son más que actividades, y seguimos en el círculo. Mientras están haciendo algo, el sufrimiento es llevadero y se puede llegar a no pensar en él. Pero para los no ancianos envejecer significa todavía sufrir porque ellos no han desarrollado los mecanismos de respuesta, y su lectura del sufrimiento es diferente, muchas veces surgidas solo de estereotipos.

Finalmente, nada de esto tiene sentido si no se entiende también dentro de los ámbitos de la misma sociedad y cultura en donde interactúan ancianos y no ancianos, creando ellos mismos esto que acabamos de mencionar como *sociedad y cultura*. La aflicción podría ser promovida por las instituciones al negar la participación de ancianos en actividades, pero en tanto no se les niega su participación voluntaria, se abre (tal vez, legítima) un camino creado por los mismos ancianos como alternativa.

BIBLIOGRAFÍA

BAHR, Stephen J. y Evan T. PETERSON

1989 *Aging and the family*. Massachusetts-Toronto: Lexington Books.

BENGTSON, Vern

1989 *The course of later life*. New York: Springer.

DOUGLAS, Mary

1973 *Pureza y peligro*. Madrid: Siglo Veintiuno.

HAZAM, Haim

1994 *Old age. Constructions and deconstructions*. Cambridge: Cambridge University.

MORRIS, David.

1997 "About suffering: Voice, genre and moral community". En *Social suffering*. Eds., Arthur Kleinman, Viena Das y Margaret Lock. California: University of California Press.

SALVAREZZA, Leopoldo, ed.

1998 *La vejez. Una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.

